Aún se dilata en parecidas reflexiones, algunas de admirable calidad poética, como la siguiente;

JULIA. Dieron la vuelta
a Nápoles.
TURÍN. ¿Qué me dices?
Déjame Julia que vea
si alguna pluma del ala
de nuestra paloma llevan.

Me ha movido sobre todo a redactar esta nota mi convicción de que donde mejor se descubre la idiosincrasia de un autor es en el modo de aprovechar fuentes o situaciones ya conocidas.

Don Juan de Iriarte y los jesuítas.

La musa humanística de don Juan de Iriarte fué sumamente sensible a los estímulos de la actualidad, y a un tiempo suspende y encanta tropezar en sus epigramas con alusiones a sucesos contemporáneos, no sólo heroicos, como la serie que dedicara a don Luis Velasco, héroe en la defensa del castillo del Morro contra los ingleses, sino efímeros e intranscendentales ya olvidados.

No fué, ciertamente, insignificante la expulsión de los jesuítas y extinción de su Orden, en los días de don Juan acaecidas, mas no parecía sujeto muy apto para la poesía. No lo entendió así el buen bibliotecario, que le dedicó no menos que diez y siete epigramas, que son los correspondientes a los números DXCV y siguientes hasta el DCX inclusive de sus Obras Sueltas (MDCCLXXIV).

El mérito de estas obrecillas es muy desigual, sin que en ningún caso sobrepase de la mediocridad artística, atmósfera de toda la obra poética del docto humanista. Con todo creo de interés destacar su posición ante suceso tan apasionante.

No es benévola, ni mucho menos, para la Compañía. Ni siquiera le mueve a compasión el triste espectáculo de la proscripción. Tan solo una vez parece acceder a este noble sentimiento al decir, no sin elegante elocuencia:

Qui Socios Iesu prius uno se ore vocabant
Vix hominum liceat dicere jam socios.

Su sátira recorre todos los tonos, desde el de gracia inofensiva, como en este epigrama:

Quis Lusitanum Regem neget esse Fidelem?
Reddidit acceptos is tibi, Roma, Patres.

hasta el de ataque violentísimo e injurioso que informa este verso:

Ferrea nos genuit regio: quaesivimus aurum.

Anterior a los graves sucesos que dieron lugar a estas diatribas debía ser la animadversión de Iriarte a la Orden, pues sin aludir a ellos se encuentran en sus obras epigramas inspirados en su malquerer. He aquí uno, traducido al castellano por su propio autor;

Con un jesuíta altercando
un dominicano, cuentan
le dijo: nuestras doctrinas,
Padre mío, son diversas.
Manga estrecha tiene usted,
y muy ancha la conciencia;
yo, al contrario, la manga ancha,
pero la conciencia estrecha.

No solo toma por pretexto de sus ataques causa serias, como la acusación de laxitud en las doctrinas morales, recuerdo sin duda de las polémicas célebres sobre el probabilismo, sino que les zahiere siempre que la ocasión le viene a mano, y por cierto oponiéndoles a los dominicos. He aquí otro ejemplo que también doy en castellano:

De Guzmán defendía contra un hijo
un hijo de Loyola su doctrina,
y le tachaba con rigor prolijo
tal cual voz, o expresión poco latina.
Si arguyo bien, el dominico dijo,
¿porqué usted el estilo me acrimina?
Yo aprendí en mi convento Teología,
y el latín estudié en la Compañía.

Bien sé que estas injustas opiniones sobre la Orden de San Ignacio eran moneda corriente en aquella época, y, así, estos ejemplos, si aumentan el número de testimonios de ello, nada nuevo descubren. Pero en la opinión de Iriarte debió influir otra circunstancia muy de notar. Su empleo en la Real Casa que le instaría a poner su opinión

acorde con la del ambiente palaciego por él frecuentado. No es una hipótesis sin fundamento la que aventuro. Un epigrama tiene que equivale a una confesión.

El Portugués a esta grey
como Pontífice ha echado;
el Francés como abogado,
y el Español como Rey.

Seguramente pareció bien esta caracterización en su tiempo, pero vista ahora a la distancia y perspectiva que dá la lejanía se nos aparece como una cortesana adulación.

No me parece preciso reproducir más dicterios que en nada modificarían el concepto que de la actitud de Iriarte tenemos formada en este caso.

«Los eruditos a la violeta», de Cadalso.

Ha dicho el Marqués de Valmar, y repetido Menéndez y Pelayo, que el tipo de *erudito a la violeta* dibujado por Cadalso en su satírico opúsculo es en realidad un retrato de su propio autor, al que estiman como hombre de superficial aunque muy varia lectura.

No hay por qué someter a revisión esta sentencia de tan buenos jueces, pero a acrecentar la probabilidad de su acierto puede contribuir la observación de que Cadalso en el suplemento a su folleto no parece tomar completamente a broma los textos privativos del caricaturizado erudito, puesto que devotamente y con todo el primor de que es capaz los traduce. Se muestra, pues, satisfecho de la exhibición que de su cultura ha hecho con ocasión de su sátira.

Mas, aun siendo esto así, no se ha dado con ello ni el rasgo más esencial de su fisonomía literaria, ni menos de la del opúsculo.

Pienso que ha sido este más citado que leído, y me atrevo a hacer esta afirmación porque no parece verosímil que habiendo sido considerado por gentes de una mediana cultura no se haya notado todavía que se trata simplemente de una ampliación desigualmente feliz, del largo parlamento que Cervantes puso en boca de aquel su ingenioso amigo que tan caviloso y preocupado le encontrara al hacer la prefación de su *Ingenioso hidalgo*.